

## Unas estrofas desconocidas de Rubén Darío y un soneto de Carmencita Brannon

Washington. D. C., 8 de enero de 1921.

SEÑOR DON J. GARCÍA MONGE

San José.

Amigo don Joaquín:

EL domingo es para pensar en los nuestros y para hojear el herbario donde guardamos esas corolas secas que al soplo de nuestro cariño se vuelven a poner coloridas y a temblar como si las despertase una larga puesta de sol. Este domingo, mientras la señora de la casa prendía el buen fuego para la merienda y me arreglaba la estancia con una devoción casi religiosa, encontré unas rosas que se empezaban a deshojar, de esas donde los pájaros tienen sus festines de miel. El momento es discreto para que los lectores del REPERTORIO que se han solazado leyendo los dos tomitos de *Rubén Darío en Costa Rica*, conozcan unas estrofas que el poeta escribió en Managua en 1895 y que hasta la fecha no he visto coleccionadas ni reproducidas. Aunque actualmente hay una reacción anti-rubendarina y se trata de torcerle el cuello al cisne de engañoso plumaje, Darío será siempre actual; más aún, se le estudiará, bien pronto, en un curso especial de la Universidad. Hace poco se ha publicado en la Habana una selección de las más raras poesías de Darío, con el nombre de *Hipsipilas*. ¡Las gracias a Regino E. Boti!

«La Petite Isabeau» fué escrita cierta vez que el poeta encontró un pájaro caído en mitad de la vía pública y quiso regalarlo a Isabel Huevo, hermana del amigo a quien debo la copia. El Señor de Nicaragua y demás Tierras Firmes e Islas Doradas de la Poesía Castellana se sonrojaría hoy al leer el poemita, pero se trata de un documento literario que tiene su hechizo. Hará una semana que el señor Belaunde, de la Universidad de Lima, apadrinado por el Embajador Pezet, dió aquí una conferencia en la que puso a Silva sobre Darío, porque, aquél era «poeta filosófico» a quien preocupó mucho la Muerte. Sea por Dios, que aún hay quienes piensan que hay «primer poeta» en la espléndida democracia del Arte. ¡Ah mi pobre, nuestro pobre Rubén, que no tuvo un embajador-padrino cuando llegó a tierra norteamericana, de paso para su país con alcázares de barro y paja como él decía! Si hay algo que nos debe preocupar seriamente a los que aun nos preocupamos por

algo que no sea el alza y baja de los marcos, es eso de no querer morir sin tener una patria de verdad, porque eso de cinco paisecitos no puede seguir así, no debe!

Ahí va también tu soneto de Carmencita Brannon, criatura que vale un manojo de lirios tiernos, y que será nuestra mejor poetisa. No crea usted que se trata de poetisa de antología centroamericana o al uso de Centro América, o de esas que tanto gustaban a la señora Baronesa de Wilson. Uso el femenino para pensar en esos sorprendentes luceros que se llaman María Enriqueta en México, la Mistral y la Ibarbourou en el Sur. ¿Quién dijo por ahí que Sor Juana había sido el «primer» poeta místico de la América Española? Creo que fué el doctor Belaunde.

Pero bien, dirán los impacientes, ¿y quién es la Brannon? He aquí lo que sobre ella me dice Hipólito Mattonel, el poeta de las pupilas fosforescentes: «Segun entiendo, su padre es un norteamericano de origen irlandés, descendiente de legendarios reyes celtas. Mr. Brannon, que también hace versos, ha revolucionado en nuestras tierras y goza de una alta reputación como hombre valiente, honrado, franco y de mal genio. Su esposa es una dama salvadoreña, no recuerdo bien si de la villa de Armenia o de la ciudad de Sonsonate. Carmen la primogénita de este matrimonio, es un prodigio. Me cuentan que es lo más bello que Dios hizo, a lo que diera fe yo mismo si hubiera podido verla como es cuando la conocí hará cosa de un año: confieso que me deslumbró de tal manera que no pude fijarme en nada de ella sino sólo en que era luminosa. En 1914 cuando contaba apenas los años del siglo, dió a la estampa un cuadernito de cuentos imposibles que por supuesto me encantan. Gracias a Dios se publicaron con todos los errores de gramática y hasta de ortografía de la autora. En esas páginas todo es candor, pero no deja de revelarse ya un innato gusto literario. En una plática que tiene con una margarita, que quisiera yo recordar toda entera, miré cómo le comienza a hablar: «Linda flor de vestidos de plata y corazón de oro...» Así hablan los niños, es cierto, cuando conversan con las flores; pero sólo los buenos poetas escriben así.

Carmen se educó, o lo que eso signifique (que lo de educar a los poetas no lo entiendo muy bien), en un colegio de

esas admirables madres de la Asunción, que hay en Santa Ana. Allí, según me cuentan antiguas discípulas de ella, la poetisa era traviesa y daba qué hacer, hasta que un día por el cariño de una Madre Lucía, muy pálida, se tornó de súbito mística, mansa, la niña ejemplar del colegio. Ella me ha hablado correctamente en francés y en inglés. Fué en la tierra de Ud., en Tegucigalpa divina, donde gocé unos días de su amistad. Después no he vuelto a saber de ella, pero alguien me ha dicho que va a publicar un libro. Cuando Ud. lea por segunda vez (¡oh el pecado capital de releer!) ese soneto de ella, le darán a Ud. ganas de decirle: «*Get thee to a nunnery!*» pero no todos podemos ser Hamlet, ¿verdad?»

Estoy revisando ahora las páginas de poetas de Centro América que le he prometido para las ediciones con que Ud. está conmemorando el centenario de nuestra Independencia. Veremos qué sorpresa nos trae este año. ¿Cree Ud. en lo que dicen las hojas y la noche? Pues esta tarde, mientras escribo a Ud. y veo juguetear las ardillas en el bosquecillo que se admira desde mi terraza, he columbrado algo de pronto así como un castillo iluminándose para una fiesta. ¡Qué de luces fantásticas vemos a veces en la noche!

La mano cordial de su amigo,

RAFAEL HELIODORO VALLE

### LA PETITE ISABEAU

Este sin prólogo preámbulo  
es un regalo precioso:  
un poeta doloroso  
te da un pájaro noctámbulo.

Tienes tres años, la rosa  
que está en el tallo tiene eso:  
tus labios florecen beso  
y no comprenden la prosa.

Te doy el pájaro, niña,  
mas, si lo matas ¡traviesa!  
que tu madre que te besa  
por el pobre, que te riña.

Amalo, es un errante  
poeta, quizá un reproche  
lo hizo errar entre la noche  
y caer agonizante.

Ave de los corazones,  
senzontle del indio triste,  
el duelo sus plumas viste,  
la pena le da canciones.

En tu peine dejan hebras  
hoy tus hermosos hechizos,  
hazle un nido con tus rizos  
al pájaro que celebras.

Y mañana, cuando a mí  
gloria y pena dé la fama,  
por la ingratitud de aquí,  
por mi pájaro y mi llama  
tendré un recuerdo de ti.

RUBÉN DARÍO

Managua, 1895.